

Trilla, J. (2018). *La moda reaccionaria en educación*. Barcelona: Laertes, 230 pp.

Saber moverse en momentos de crisis no es nada fácil. No tener asidero, ir caminando a ciegas por un fino hilo y atravesando, cual trapecista sin entrenamiento, un precipicio al que en cualquier momento podríamos caer, es sumamente complejo. Uno tiene vértigo, miedo y ansiedad por no saber lo que va a pasar. Ante esta situación, las opciones son dos. La primera es aguantar, quizá en algún momento el hilo se ensanche, se bifurque el camino o surja un amarre que lo haga más estable. La segunda es huir, bien para atrás, hasta alcanzar aquel lugar que uno considera anterior a su inestabilidad actual; bien hacia delante, sin mirar para atrás, corriendo, no pensando en bifurcaciones, amarres ni parches, sino en el final del camino, en la otra punta del precipicio que seguramente volverá a ser terreno firme. El libro que tenemos aquí, atendiendo al ámbito educativo, nos relata la historia de aquellos que no han soportado las exigencias que implica una crisis y han decidido, aterrados, huir hacia atrás. Para ello, han decidido renegar del presente y del futuro, apuntando hacia un pasado que idealizan, pues esto les tranquiliza.

El profesor Jaume Trilla nos muestra cómo la tendencia reaccionaria está llena de falacias, saltos lógicos, argumentos pobres e incluso invenciones, todo ello fruto de un miedo irracional a ciertas derivas catastrofistas en las que la crisis educativa actual podría desembocar. Ahora bien, aunque los fallos en la argumentación de los reaccionarios son señalados de manera inteligente, dando

al lector mucho en lo que pensar, es relevante también señalar que, la contrargumentación utilizada, en ocasiones, peca precisamente de lo que pretende criticar. Los reaccionarios temen un futuro catastrófico que, ellos están convencidos, tendrá lugar irremediamente si no recuperamos los valores y modos de educar del pasado. El profesor Trilla, por su parte, parece temer la vuelta de un pasado igual de catastrófico que, él está convencido, tendrá lugar irremediamente si no frenamos las pretensiones de los reaccionarios. Pues bien, quien recensionista este libro piensa que ambas posturas tienen la mirada tan puesta en la huida que no son capaces de ver que la respuesta para toda crisis no es ésta sino la espera; no esa espera colmada por expectativas que pretende siempre dirigirnos a un lugar ya previamente marcado, sino esa otra que simplemente aguarda sin saber lo que vendrá. Esto es lo que a uno le hace permanecer atento y no dejarse engañar.

A continuación, haré un breve recorrido por la obra, que consta de cinco capítulos, un epílogo y unos anexos. Destacaré cuáles son, a mi juicio, los puntos fuertes de cada apartado y, asimismo, también para cada uno de ellos, señalaré ciertos argumentos que considero más flojos y que, me parece, son fruto de esta huida del profesor Trilla hacia un futuro que, sea como fuere, nos libraría de la vuelta de una educación totalitaria como la franquista, que él vivió, que le causa terror y que claramente repudia en varias páginas de este libro –por cierto, con bastante razón–.

Tras una breve introducción, nos encontramos con la primera sección, que lleva por título «Lo reaccionario y los reaccionarios en educación». Aquí se nos hace un análisis detallado del sujeto al que apuntarán todas las críticas; a saber, el reaccionario, quien acostumbra a presentar básicamente tres errores en sus argumentaciones: magnificar problemas actuales, idealizar un pasado que no fue tan perfecto y hacer una caricatura del oponente hasta el punto de en ocasiones llegar a inventárselo. Aparece seguidamente una crítica hábil y detallada a los mal denominados «antipedagogos» –pues, tal y como sostiene el autor, también ellos hacen pedagogía, aunque ésta sea mala–. Ahora bien, centrándose en estos fundamentalistas de la nostalgia, se olvida de mencionar a otra serie de reaccionarios más moderados que, no pretendiendo volver del todo al pasado, sí les gustaría volver en ciertos aspectos a la par que frenan un presente y un futuro que sienten que se les va de las manos. Aquí podríamos mencionar, por ejemplo, a Sherry Turkle o Nicholas Carr, grandes defensores de un pasado que, sin tanta conexión, permitía el desarrollo de determinadas capacidades que, desde un punto de vista educativo y humano, son fundamentales. Me parece que el profesor Trilla, haciendo una buena crítica a ciertos radicales, está reduciendo el pensamiento reaccionario a su expresión más banal, caricaturizando una postura que puede mantenerse de manera más seria, rigurosa y profunda de lo que lo hacen los autores que él usa como ejemplo.

El segundo apartado lleva por título «Disciplinar». Aquí el autor nos habla de ciertas voces que, entendiendo la autoridad adulta cuestionada en la actualidad, pretende recuperarla volviendo a técnicas del pasado que podrían llegar incluso a incluir el castigo corporal. A fin de contrarrestar esta vuelta a métodos pedagógicos que llegaban a atentar contra la dignidad de los sujetos, Trilla recurre a la clásica distinción romana entre *auctoritas* y *potestas*. Según nuestro autor, algunos pretenden imponer la autoridad educativa cuando lo digno sería que los educadores luchasen por ganársela. Sin situarse del lado de las denominadas pedagogías antiautoritarias, nos dice que lo educativo no es poner límites, sino ayudar a que los chicos los identifiquen, comprendan, valoren y se relacionen por sí mismos con ellos. Esto, sin duda es la mejor opción, pero tampoco deja de ser un ideal. Del mismo modo que los reaccionarios idealizan, en su opinión, el poder correctivo de, tal y como se menciona literalmente en el libro, *una buena hostia*, él idealiza el poder correctivo que, a través de estrategias discursivas, pueda tener el educador. Esto no quiere decir que pretenda yo defender aquí el castigo corporal o la imposición por encima de la persuasión. No obstante, existen determinadas circunstancias que tal vez impliquen ir más allá de las estrategias discursivas. Por ejemplo, quizá evitar que mi hijo se siga drogando, implique me pase una noche entera sujetándolo, pues los efectos de las sustancias le impiden razonar y lo están matando. La autoridad conlleva la capacidad y la gran

responsabilidad de poder instaurar, en determinados momentos, la excepcionalidad. Me parece que es esto lo que reivindicaban muchas personas, la no absoluta penalización de determinados métodos más que la vuelta a su uso generalizado. Así pues, creo que, de algún modo, aquí Trilla está magnificando una postura que, tal y como él la describe me parece muy minoritaria.

El tercer apartado lleva por título «Enseñar y aprender». Aquí Trilla refuta aquella argumentación de algunos reaccionarios consistente en afirmar que los pedagogos priman la forma sobre el contenido y que gran parte de los males de nuestro contexto educativo actual se deben a que los contenidos están desapareciendo de los estudios de Magisterio. Nuestro autor demuestra que esto no es cierto poniendo el ejemplo de su propia universidad, donde las asignaturas procedimentales de la carrera de Magisterio no superan el 12% del total –si bien tampoco se detiene a indicar a qué área pertenecen la mayoría de asignaturas restantes, lo cual habría sido interesante–. A su vez, critica que los reaccionarios reduzcan los contenidos a conocimientos conceptuales, cuando los procedimentales y actitudinales deberían ser tenidos en cuenta, pues para la formación humana son igual de importantes. A su vez, parece no compartir la razón principal que, según él, ha llevado a los reaccionarios a reclamar un aumento de la presencia de las humanidades en los planes de estudio, atendiendo a que son las únicas que enseñan a pensar, como si las otras disciplinas no lo hiciesen, sostiene Trilla. Sin embargo, no tiene en cuenta que la

actividad de pensar puede ejercerse de muchas maneras. Por supuesto que todas las asignaturas enseñan a pensar, pero varían en el modo. Las humanidades a lo que ayudan es a desarrollar un pensamiento no instrumental, contrariamente a las ciencias. En una sociedad injusta, llena de desigualdades, así como de oportunidades para pisar a los demás, el desarrollo de un pensamiento no instrumental es esencial, por mucho que directamente no vaya a influir directamente en determinado desempeño laboral. De esta forma, tal vez ni sea tan descabellado exigir que se refuercen, ni el motivo de que «enseñan a pensar» resulte tan banal.

El cuarto apartado lleva por título «Segregar, dividir, excluir». Aquí el autor critica fundamentalmente dos cuestiones, la escuela diferenciada por sexos y el uso de uniforme. El autor afirma que los partidarios de estas medidas son los mismos que las defendían en etapas pasadas, concretamente durante la dictadura franquista y que, como hoy en día estas ideas no son políticamente correctas, las disfrazan con razones de carácter científico o práctico. Yo no niego que sea así en ciertos casos, pero me parece que el autor está generalizando. Estoy convencido de que hay personas que con relación a esto defienden los argumentos científicos y prácticos por sí mismos, sin doble fondo. Si lo hacen es porque nuestro contexto social actual se lo permite, cosa que no hace con otras diferencias como la raza. Suponer doble fondo a alguien que defendiese una escuela racialmente diferenciada estaría justificado, pues la igualdad racial es hoy en día de sentido común en todos

los aspectos, cosa que, de momento, no ocurre con el sexo, cuya diferenciación se reclama desde diferentes posturas y no sólo reaccionarias (piénsese, por ejemplo, en el feminismo de la diferencia).

El último apartado lleva por título «Adoctrinar». Aquí Trilla comienza poniendo ejemplo de asignaturas que él mismo cursó durante la dictadura franquista, relacionadas con el nacionalismo y la religión, mostrando hasta qué punto adoctrinaban. Tras esto, pasa a imputar la pretensión de adoctrinamiento a quienes hoy defienden la presencia de la enseñanza de determinada confesión en los planes de estudio. No obstante, hace un juego lingüístico a mi juicio no del todo correcto. Dice que impartir doctrina implica adoctrinar, de manera que transmitir la doctrina católica implicaría cierto adoctrinamiento. Esto, no obstante, no tiene por qué ser cierto. Las doctrinas son dogmas, por supuesto que defienden su verdad frente a otras, pero no necesariamente conlleva ocultarlas, algo que sí que implica todo adoctrinamiento. Quienes defienden la religión en la escuela lo hacen partiendo de determinada visión del mundo que desean que sus hijos también vean representada en la escuela y la razón fundamental es que la escuela tiene unas formas de transmisión y una regulación y ordenación del conocimiento que ni tienen por qué tener ellos mismos, ni puede asegurársela ninguna iglesia concreta. A su vez, el autor sostiene que, si se oferta la religión católica, deberían ofertarse otras

confesiones sin atender al número. Yo, en cambio, creo que el número es importante. Igual que se dejan de impartir optativas por falta de alumnos, lo mismo debe ocurrir con la religión. Precisamente creo que el camino a su desaparición de la escuela no debería ser impuesta, sino que quizá llegue, de manera natural, cuando el número de familias que lo solicite sea muy minoritario. Lo mismo podría aplicarse a las escuelas diferenciadas, motivo por el cual, tal y como decía al comienzo de esta recensión, creo que si algo le falta a Trilla es cierta capacidad de espera.

Finalmente, vemos un epílogo donde se perfilan algunos errores imputables a progresistas que lo son en exceso y unos anexos que recogen una versión renovada de un texto ya publicado del autor donde magistralmente describe detalladamente lo que implica hacer hoy en día pedagogía, muy lejos de la caricatura que de ella hacen ciertos reaccionarios y algunos progresistas. Este es un libro para pensar y para discutir. Si bien el autor, como he tratado de demostrar, peca a veces de aquello que precisamente critica, nos llama la atención sobre temáticas educativas que están ahí y sobre las que merece la pena reflexionar. Comparto muchas de sus ideas y, aunque otras no tanto, creo que no se debe tanto a una diferencia ideológica, sino de vivencias y de generación.

Alberto Sánchez Rojo
Universidad Complutense de Madrid